

cuadernos del inadi 6

www.cuadernos.inadi.gob.ar

mayo 2012

Horacio González

Libros y racismo

Florencia Saintout

Medios y juventud

Gabriel Kessler

Claves del sentimiento de inseguridad

cuatro poemas

Alfonsina Storni / Matilde Herrera /
María Luisa Carnelli / Leonor García Hernando

Libros y racismo

Horacio González

El arte y el placer herético de todos los tiempos han imaginado hondas escenas sacrílegas: el incendio de catedrales, el suplicio de los cuerpos, la quema de libros. No hay acto blasfemo ni atentado a la vida, que no sea a la vez un símbolo tomado por el arte. Las condiciones del infierno, que tanto han desafiado a la literatura o a las artes plásticas, sobre todo cuando la expresan los incrédulos, fundamentan una clase especial de naturalismo. Poner las llamas en acción siempre fue un anudado fortísimo –lo diríamos con la palabra inextricable– entre la naturaleza y el símbolo.

Los libros siempre han tenido un gran prestigio. Su carácter acabado, de multiforme objeto mundano, expresa los modos que adquirió el sentimiento sagrado durante la parte que conocemos de la historia. Que alguien pueda leer lo que otro escribió, se convirtió en la piedra primitiva mas formidable para definir el tiempo, el espacio y la comunidad. De ahí que se escuchen discursos de alabanza del libro, que con esa palabra quieren decir todo lo que corresponde en torno al acto bienhechor, al conocimiento responsable, a la ilustración debida. Pero el libro es la perfecta reproducción de todos los estilos del mundo, desde los más vanos y opresivos, hasta los más inspirados y libertarios.

Son famosas las quemaduras de libros; piras incendiarias de los grandes hechiceros de la impotencia, que le regalan a los libros chamuscados el enorme gesto de lectura que significa hacerlos arder. Los asemejan a cuerpos vivientes y hacen de la lectura un acontecimiento conmoviente, equiparable al fuego. Pero los que incineraron libros, también han escrito libros. Suele entenderse como último grado de la barbarie cultural el acto de arrojar libro a la hoguera. Forma final de la censura, los maestros inquisitoriales dejaron escapar de su imaginación judicial ese gran tributo que le entregaban al juez de la máxima ordalía, el fuego.

Pero el libro cabalmente entendido, cubre todas las expresiones del espíritu humano. Los racistas de todos los credos –los científicos, los siniestros, los conspirativos, los lúgubres, los purificadores, los demenciales, en fin, todos ellos que quizás sean un único conjunto ensimismado– han escrito muchos libros. Muchos tuvieron gran influencia, como los de Chamberlain, Gobineau y Dumont, y dejaron amplia descendencia en nuestro país. Otros racimos larvados, más sofisticados, encubiertos en doloridos análisis de las trillas de la salvación, como los de León Bloy, forman parte de una gran paradoja de la historia de la lectura. Se trata del racismo de los grandes literatos salvacionistas, que pueden ser admirados por su genio en las cavernas ilustres de la letra y por su habitat en las zonas cavernícolas del pensamiento.

En la literatura argentina, donde todos sabemos decir con propiedad los variados libros que se entregan al racismo de finales del siglo XIX, y los menos inocentes, que aceptan el racismo de mediados del siglo XX –y no es que no haya vinculación entre ambos, son apenas de estilos diferentes– tenemos el caso de Lugones. Su nacionalismo de gran señor, su imaginería heroica, no transitó por el racismo. Por el contrario, allí donde vio su atisbo, lo combatió. Borges es un caso extraordinario. Su relativismo cultural lleva a extremos inauditos la reflexión sobre la cultura, su crueldad y su lástima. Si se repasan todas las ocasiones, que no son pocas, en las que en su obra aparece la cuestión judía –si es que preferimos referirla con una expresión famosa en el marxismo–, se pueden extraer conclusiones despojadas de un trato pacífico con el tema. Hijo lingüístico y un tanto esotérico de Gustav Meyrink y de Fritz Mauthner, Borges observa al judaísmo como la forma de una audaz cuestión, y en toda su obra se hallan las más diversas versiones sobre esa condición, desde las más graciosamente desprejuiciadas, como aquellas que levemente llevan la sombra de una interdicción. Es Borges, pensando, también, en sus antepasados.



El nazismo escribió muchos libros y se basó especialmente en un libro. Repleto de simbologías oscuras, alegorías paganas, mitos de sangre, fórmulas alquímicas, apologías artísticas de la voluntad y de dioses bosquimanos o industrialistas, sus autores “serios”, como Rosenberg en El mito del siglo XX –quizás no mucho más que una pobre caricatura nietzscheana-, suenan como autores íntimamente desbaratados por su insustancioso delirio. Pero son libros. Los libros combaten contra otros libros. Ser libro no es llegar a un estado satisfactorio del existir. Es haber llegado a un problema. Días pasados, bajando de un ómnibus proveniente de Rosario, a las 4 de la mañana en la estación Retiro, un joven que descendía en el lugar anterior al mío en la fila, llevaba un libro en la mano. Era Mi lucha, de Adolf Hitler. No supe que hacer con esta modesta comprobación. Era un libro, pero no cualquier libro. Esa hora de la madrugada acentuaba la perplejidad de la escena, que no es habitual, y que ya había olvidado. Hasta este momento, en que la escribo, como temperado exorcizo destinado al complejo mundo de los libros.

Horacio González es Director de la Biblioteca Nacional. Autor de múltiples libros, entre ellos Restos pampeanos, y Retórica y locura.

Medios y juventud

Florencia Saintout

Los medios no crean la realidad pero mucho menos la reflejan. En todo caso, contribuyen a su existencia, modelando sentidos preexistentes a sus representaciones con mayor o menor influencia. Son actores que junto a otros se disputan la capacidad de legítima de nombrar verdaderamente el mundo. Pero lo hacen desde una posición privilegiada, especialmente en el último siglo.

A través de mecanismos de focalización; deshistorización y rehistorización; de descontextualización o recontextualización, los medios construyen lo que se llama la información sobre la realidad. Clasifican la realidad, de un modo que oprime, menos por lo que no permite decir de ella que por lo que obliga a decir de ella. Sin que necesariamente sea que mientan -aunque muchas, muchas veces lo hacen- la información se presenta con la forma de los intereses que sostienen, siendo funcional a ellos.

¿Y qué dicen de los jóvenes?

He trabajado hace unos años sobre tres modos dominantes de los medios para nombrar a los jóvenes, que son muy actuales y que conviven complementando y reafirmando mutuamente. Ellos son:

a) Los jóvenes del éxito: ligada a la idea del joven consumidor. Son los jóvenes de la publicidad, de los programas de la tarde, los "casi ángeles", esos que responden sin lugar a dudas a los modelos hegemónicos de belleza mundializados, cuyos problemas principales son conflictos puramente subjetivizados, sin referencia a los entornos sociales o políticos. El yo puesto en primera persona y a partir de allí las relaciones con sus pares, con sus adultos. Este tipo de joven es un joven visto como exitoso, como aceptable. Es un joven posible e incluso deseable para nuestras sociedades. Este modo de nombrar la condición juvenil constituye claramente aquel que el capital necesita para su reproducción.

b) Los jóvenes desinteresados. Si el anterior modo de nombrar a los jóvenes como exitosos tenía que ver con géneros ficcionales y publicitarios, la idea de los desinteresados aparece en las noticias y en los llamados informes especiales. Particularmente desde la televisión, nos bombardean con informes donde los jóvenes se drogan, se emborrachan, vomitan en las veredas...están sin rumbo, asumiendo que las generaciones anteriores tuvieron objetivos y que a estos les falta. Los jóvenes se presentan como apáticos, individualistas, distanciados de las problemáticas sociales, perdidos en un ocio eterno, y finalmente entonces como propensos y disponibles al descontrol. Es allí donde radica el temor y la necesidad del rescate. Porque la idea de que están perdidos genera malestar, pero a la vez estos jóvenes todavía, se piensa, son posibles de ser rescatados, encaminado, vueltos al rumbo. Y cuando se piensa en esto, se piensa en la necesidad de más padres, de más escuela, e incluso en ocasiones, de más policía. El conjuro ante el desinterés es la propuesta de mayor control sobre ellos.

c) Los jóvenes peligrosos. Finalmente, el joven que aparece con mayor presencia en los medios es el que se construye como el peligroso.

Desde el discurso de la Seguridad ciudadana, que se mantiene a modo de sentido común y en las instituciones policiales, se van construyendo relatos e imágenes en torno a la centralidad de unos jóvenes que, se dice, no tienen nada que perder y por lo tanto son incontrolablemente peligrosos para el resto de la sociedad. Que son capaces de romper una vidriera pero también utilizar esa misma capacidad para robar y matar.

Los medios tienen un particular ensañamiento sobre los jóvenes de sectores populares, fundamentalmente varones. De ellos ni siquiera se hablan como si fueran jóvenes: son menores, son chorros, son delincuentes. No son jóvenes para ellos. Se los ve como lo podrido, lo causante del deterioro de la sociedad. De estos jóvenes nada se espera. Aterrorizan, ya no sólo

incomodan y no es posible rescatarlos como a los desinteresados. El conjuro aquí es la extirpación del espacio común. Los primeros jóvenes eran casi ángeles. Estos son los desangelados. Los proscriptos.

Según el informe "Los jóvenes en los medios, cartografías de las narrativas mediáticas, elaborado por el Observatorio de Juventud y medios de la UNLP () : "Ya sea como víctimas o victimarios, los y las jóvenes aparecen en los medios ligados a casos de violencia. Un claro correlato de esto es que la sección donde mayor cantidad de noticias sobre jóvenes aparecen, en términos generales, es la policial". En este contexto cabe preguntarse quiénes son las voces que aparecen en las narrativas mediáticas cuando se habla de jóvenes. De manera coherente con el panorama planteado, la abrumadora mayoría de voces proviene del ámbito judicial, ya sean jueces, fiscales, defensores o voceros. Aún más, luego del ámbito judicial las voces más escuchadas por los medios son las policiales".

Así, estos jóvenes hijos de más de una generación de ciudadanía precarias o inexistentes, se van narrando desde mecanismos de deshistorización y descontextualización: están simplemente allí. Es decir, pareciera que siempre hubo excluidos y siempre los habrá, entonces esa es una condición natural que no es necesario problematizar, en la que quedan como responsables, causantes de los miedos más tremendos de la sociedad. Son los sujetos del pánico moral.

Para eso el trabajo de las imágenes, más que el de las cifras o los argumentos, son absolutamente funcionales. Las imágenes, que apelan a la emoción más que a la razón, conmocionan y son claramente efectivas a la hora de la presentación de una otredad amenazante. En estas se actualizan todos los dispositivos racistas y clasistas para crear estereotipos donde se sedimentan las justificaciones históricas de la segregación, reconociéndolas y desconociéndolas al mismo tiempo. El poder simbólico,, ese poder que radica en la capacidad de hacer cosas con palabras -y con imágenes- de unos sobre otros, se utiliza para nombrar a unos jóvenes como la mierda social sin utilizar la palabra mierda. Lo execrable, el deshecho, lo mugriento, lo oloroso.

Los jóvenes de sectores populares, sus modos de vestirse, de hacer música, de escucharla, los territorios, sus prácticas.. en fin, sus estilos, son puestas en escenarios de violencia, narrados bajo el relato de la violencia. A veces un caso sirve de caso testigo, de muestra para hacer de ello una ley general. A veces ni siquiera hay caso: hay la certeza de una masa sin nombre agazapada y dispuesta a atacar en un mundo que se divide entre ciudadanos víctimas y fieras no ciudadanas, sin derecho a nada. Y todo eso en un orden televisivo que pasa del entretenimiento a la noticia , de la noticia al entretenimiento, en un entramado en dónde los límites entre una y otra se van borrando a la manera de un mareo tan sostenido e imperceptible que acomoda hasta la náusea.

Florencia Saintout es Decana de la Facultad de periodismo y comunicación social de la Universidad Nacional de La Plata. Es autora, entre otros títulos, de Jóvenes. El futuro llegó hace rato.

Claves del sentimiento de inseguridad

Gabriel Kessler

El sentimiento de inseguridad no es un fenómeno social simple. Nunca ha sido un mero reflejo de los índices de delito, de los cuales es relativamente autónomo: aumenta cuando se produce un incremento de la criminalidad, pero una vez instalado como problema social, no disminuye aunque las tasas de delito descendan. Tampoco los niveles de temor entre los sexos, las franjas de edad y los niveles socioeconómicos son proporcionales a la probabilidad de victimización real que enfrenta cada grupo. Entre otros factores, la relación entre delito y temor está mediada por la aceptabilidad del delito en una sociedad en un momento dado. Un aumento brusco de las tasas históricas de delito suele generar un fuerte temor, aunque los índices sigan siendo comparativamente bajos –como ha sucedido en Santiago de Chile en la última década–, mientras que un importante descenso, aunque las tasas de delito sigan siendo elevadas –como en Bogotá o en Medellín–, genera una renovada confianza y una disminución del miedo. Es que la inseguridad conlleva un aspecto comparativo: es en parte la denuncia de una situación que, en el imaginario social, no era así en el pasado o que, en todo caso, debería ser distinta en el presente.

Es necesario evaluar si el miedo tiene relación con el delito, ya que a menudo se considera que la sensación de inseguridad es irracional o exagerada. Para ello, debemos comparar regiones distintas. América Latina conjuga altas tasas de delito con elevada sensación de inseguridad. Mientras que encuestas de Europa señalan que de 2000 a 2005 la victimización de la población pasó del 19,3% al 14,9%, en los países de nuestra región, en los mismos años, el porcentaje de hogares en los que hubo alguna víctima fue dos o tres veces mayor. Hay, no obstante, una variación considerable en las tasas delictivas, en particular si se consideran los hechos más violentos. Así, ciudades como San Salvador y Guatemala presentan tasas de homicidio veinte veces mayores que Buenos Aires y Santiago de Chile. Pero es cierto también que en la Argentina, en las dos últimas décadas, el número de delitos se ha incrementado de manera sostenida. Entre los hechos denunciados, las agresiones contra la propiedad se multiplican dos veces y media entre 1985 y 2000, e incluso con una pequeña reducción en los últimos años, la tasa duplica la de mediados de la década anterior. En cuanto a la tasa de homicidios, si bien se ubica muy por debajo de las de otros países de nuestra región, entre 1988 y 2003 los de tipo doloso llegan a alrededor de 7 por 100.000 habitantes, muy por encima de su media histórica.

la preocupación por el tema no se traduce automáticamente en sociedades atemorizadas, como a veces se presume, pero sí consolida la idea de que la inseguridad es un problema público de importancia y, como tal, merece atención central por parte del estado.

En Europa, como señalamos, durante el primer lustro del milenio disminuyó la victimización, pero el sentimiento de inseguridad aumentó del 22 al 28%, cifra que sin embargo se ubica muy por debajo de las de América Latina, donde alcanzaría al 60-80% de la población, según datos oficiales. En la Argentina, en 2003, por primera vez en las grandes ciudades, la inquietud por el delito superó en las encuestas nacionales a la inquietud por la economía o el desempleo, y se ubicó en el tope de las preocupaciones. En los últimos años, el 80% de entrevistados consideró que el problema ha alcanzado relevancia nacional, lo que no escapa a cierta lógica de las proporciones: las tasas de temor duplican las tasas de victimización. A

fin de cuentas, al haber comparativamente más personas victimizadas, se produce el efecto de la llamada “victimización indirecta”: circula en la sociedad más información sobre hechos delictivos, mayor cantidad de conocidos o relaciones indirectas se enteran y los difunden en sus conversaciones. Este proceso se ha verificado en una investigación que realizamos en 2007 en distintas zonas de la Ciudad de Buenos Aires: en los barrios donde las tasas de victimización eran mayores, también era más alta la expectativa de sufrir un delito en el futuro. Hay una “presión ecológica”, ya que la información sobre delitos en la zona actúa como anticipación de una eventual victimización personal y, por ende, es una fuente de temor. Al tomar como referencia la comparación entre regiones o entre zonas de una ciudad, la relación entre delito y temor adquiere una lógica en la que la victimización indirecta y la presión del medio tienen un peso explicativo central.

¿qué sucede en la argentina?

Nuestras investigaciones en zonas urbanas del país revelan que hoy, en la Argentina, el sentimiento de inseguridad es la expresión de una demanda hacia el Estado, percibido como incapaz de garantizar un umbral de riesgo aceptable en los espacios públicos y privados. El rasgo distintivo del sentimiento de inseguridad es la aleatoriedad: lo causa toda amenaza a la integridad física –más que a los bienes– que pareciera poder abatirse sobre cualquiera. La aleatoriedad se relaciona con:

- La deslocalización del peligro, o sea, el fin de la división entre zonas seguras e inseguras bien definidas en grandes y medianas ciudades del país. Cuando se siente que la amenaza ha sobrepasado las fronteras tradicionales y puede penetrar en cualquier territorio, se retroalimenta la sensación de inseguridad.

- La desidentificación relativa. El temor no es generado sólo por las figuras más clásicamente estigmatizadas y discriminadas, sino que hay una desconfianza extendida. En efecto, en algunas entrevistas se relatan robos de personas “grandes y bien vestidas”, en barrios cerrados circulan historias de hombres que entraron a robar “con traje y corbata, como un nuevo vecino que venía de trabajar”, y en los comercios de barrios populares se habla de hechos delictivos protagonizados por mujeres, algunas con bebés en brazos, o hasta por parejas de ancianos.

No obstante, la desidentificación es, como se dijo, relativa: las figuras clásicas de estigma y temor siguen siendo compartidas, mientras que hay otras más temibles según el sector social, sexo, grupo de edad y área de residencia. Los policías y los guardias de lugares de diversión (los “patovicas”) son fuente de temor sobre todo para jóvenes de sectores populares; los agresores sexuales lo son para mujeres de barrios del conurbano bonaerense; personas ligadas al poder local capaces de todo tipo de abusos atemorizan a los sectores populares de algunas provincias; “gente que antes no existía”, como limpiavidrios o cartoneros, son fuente de temor para algunos entrevistados de sectores altos de la Ciudad de Buenos Aires, mientras que otros temen a la policía y desconfían de los guardias privados. Así, inseguridad y delitos son sólo en parte coincidentes; su relación está más ligada a la amenaza aleatoria que a la disrupción de la ley, como lo testimonia el temor que sigue inspirando la visión de jóvenes reunidos en las calles aunque no infrinjan norma alguna.

El incremento de la preocupación por el tema no se traduce automáticamente en sociedades atemorizadas, como a veces se presume, pero sí consolida la idea de que la inseguridad es un problema público de importancia y, como tal, merece atención central por parte del Estado. A la expansión de la inquietud a diferentes sectores y grupos se agrega que deja de ser sólo una preocupación de las grandes urbes, puesto que alcanza también a pequeñas y medianas ciudades. En efecto,

más allá de las particularidades locales, detectamos en muchas de ellas la sensación de que la situación había cambiado, pero –salvo cuando se sentía la amenaza de la violencia– el cambio no conllevaba el aumento del temor presente, sino más bien una nostalgia por un tiempo pretérito más tranquilo.

Se advierte que ningún lugar, grande o pequeño, permanece al margen de las influencias externas. El incremento de la movilidad de las personas y, sobre todo, la televisión intensifican la percepción de otras realidades, y en cada lugar la preocupación individual se nutre de hechos tanto locales como nacionales. En particular, el espacio mediático común contribuye a instalar un problema público a escala nacional. La transmisión de noticieros desde Buenos Aires, que bajo la rúbrica cotidiana de “Inseguridad” presentan el “saldo de la jornada”, colabora en crear la idea de una ciudad capital donde “la gente ya no puede salir a la calle”. Para muchos entrevistados, la imagen de metrópoli amenazada refuerza la sensación de seguridad local por comparación, mientras que para otros es el augurio de los males venideros. La recurrente imagen mediática de la “ola de inseguridad” causa inquietud; se teme que dicha ola se desplace desde los centros urbanos mayores hacia los más pequeños, que “la policía los corra (a los delincuentes)”, que se irían a ciudades más chicas buscando “nuevos lugares donde la gente no esté tan precavida”; o bien prima la idea atávica de “contagio”. El temor a la eventual llegada de “gente extraña” proveniente de los grandes centros urbanos podría ocasionar un aumento de la “alterofobia”, que el otro se vuelva amenazador sólo por ser desconocido.

En síntesis, el sentimiento de inseguridad es un fenómeno complejo, presente en nuestro país, en toda América Latina y en otras regiones del mundo. Aquí dimos cuenta sólo de algunos de sus rasgos generales. No hemos planteado la idea de una sociedad atemorizada en su conjunto, pero sí subrayamos que existe una extendida preocupación social por el tema. Sin duda se trata de uno de los problemas centrales que el Estado debe resolver. Las políticas para disminuir el sentimiento de inseguridad deben ser específicas, orientadas a restablecer la confianza en la capacidad del Estado de garantizar protección e inclusión simbólica y real a todos los ciudadanos. Y aquí reside uno de los desafíos más importantes de la Argentina y de América Latina hoy.

Gabriel Kessler es investigador del Conicet. Publicó entre otros libros, *Sociología del delito amateur*.

Alfonsina Storni

Date a volar

Anda, date a volar, hazte una abeja,
en el jardín florecen amapolas,
y el néctar fino colma las corolas;
mañana el alma tuya estará vieja.

Anda, date a volar, hazte paloma,
recorre el bosque y picotea granos,
come migajas en distintas manos
la pulpa muerde de fragante poma.

Anda, date a volar, sé golondrina,
busca la playa de los soles de oro,
gusta la primavera y su tesoro,
la primavera es única y divina.

Mueres de sed: no he de oprimirte tanto...
anda, camina por el mundo, sabe;
dispuesta sobre el mar está tu nave;
date a bogar hacia el mejor encanto.

Corre, camina más, es poco aquello...
aún quedan cosas que tu mano anhela,
corre, camina, gira, sube y vuela:
gústalo todo porque todo es bello.

Echa a volar... mi amor no te detiene,
¡cómo te entiendo, Bien, cómo te entiendo!
llore mi vida... el corazón se apene...
date a volar, Amor, yo te comprendo.

Callada el alma... el corazón partido,
suelto tus alas... ve... pero te espero.
¿Cómo traerás el corazón, viajero?
tendré piedad de un corazón vencido.

Para que tanta sed bebiendo cures
hay numerosas sendas para ti...
pero se hace la noche; no te apures...
todas traen a mí...



Matilde Herrera

Llegaste, cuando pense que no habia esperanza

Llegaste a mi cuando menos te esperaba

Llegaste a mi vida, cuando pensé que no había esperanza.

Llegaste como el rocío de la mañana, suave, con calma, mojado mi corazón en cada madrugada.

Llegaste con la mirada perdida en el horizonte, como vagando sin rumbo.

No lo soñé, lo creí, creí que ese sueño se hizo realidad, cuando en cada palabra me dabas una esperanza, me dabas un suspiro de vida.

Amor, cuando fue que te sentí tan cerca, y no te conocía.

Cuando fue que mi corazón sintió el sonido de su voz, sin haber pronunciado una palabra.

Pero así has desaparecido, dejando, un espejismo en mi vida, eres aquel oasis que encontré en medio del dolor, aquella agua fresca que acaricio mi alma revosante de alegría, ¿en que falle?, ¿cual fue el delirio que concebio mi corazón?, que tanta amargura brota del mar, cuando le diré a mi corazón y a mi mente, que fuiste solo un espejismo, que se concentró en mí.

¿Te espere?

Como la noche espera la luna

Como el amanecer espera la noche, y no diste esperanza de llegar, al parecer el sol se escondió para no ver las lágrimas que brotaron de mis mejillas.

Pero, gracias, gracias,

Amor, me diste el privilegio de soñar, ya que muchos ni eso hacen.

María Luisa Carnelli

Poema para la ventana del pobre

Para el techo de los humildes
construyo este poema
que es una teja roja.

Deseo de poeta
para sonrisa del pobre:
enredadera que sube
hasta su ventana sin flores.

Como el silbido de las fábricas,
mis palabras desafinadas
buscan la estrella de los vientos,
para lanzarse sobre la multitud
desde el extremo del verso.

Hay una gran visión desde la altura,
una posibilidad que se abre ruta.
Perspectivas de horizontes
que se dilatan.
Paisajes de liberación
amplificando un revuelo de campana.

Y sobre el porvenir,
una palabra pura enarbolada.

Leonor García Hernando

Y después de ese tiempo...

Y después ese tiempo de convalecencia
el pabellón con una suave fila de camas de hierro frente a
largos ventanales

ir hasta los vidrios con un rengueante
camisón de franela cubriendo el deterioro.

el campo es una helada curva hacia la ruta, el plateado
sonido de los álamos, portones movibles que separan
camiones tapados con lona, cortezas empalidecidas por la
cal, las líneas de alambre manchadas de ligustro
paisaje blanco espuma de la peste
el cartel de chapa se agita en la intemperie, como la
bandera de una patria se desparrama para cubrir el
cuerpo de los tullidos

un amargo olor quemado desprende la
estufa con velas de loza entristecidas por el humo
las sábanas se desparraman en los mosaicos
sin orden. El ventanal dilata un páramo de arcilla
empapada. Dibujos de agua adornan la tierra fría
ventanal de La Matanza

tengo mi zapato en la mano
de cordones apretando el cuero, de alta suela negra:
un zapato de invierno.

**cuadernos
del inadi 6**

www.cuadernos.inadi.gob.ar